



LOS INTELLECTUALES TORNAN A CRISTO

JUAN
CARLOS
WENDLANDT

Después de Dios y de su bendita Madre, Medianera de todas las gracias, debo la dicha de la santa fe católica al conocimiento de que la religión católica es la más alta Verdad y Amor.

Nací el año 1898 en Sanssouci junto a Postdam, y fui el último de los hijos de Federico Wendlandt, predicador protestante de la corte. Mi padre estaba al servicio del último Rey de Prusia, como párroco de la Iglesia de la Paz, construida por Federico Guillermo IV, según el estilo de los templos de la Iglesia primitiva. Era maravillosa la posición de mi casa paterna. Sus alrededores, donde a la belleza natural se han sumado las creaciones artísticas de aquel romántico del trono real, (la Basílica y el Via Crucis), conservan una excepcional magnificencia de arte religioso y espiritual. Estas bellezas fueron la primera y permanente impresión, que mi alma recogió y no ha podido olvidar jamás. Mis buenos progenitores, que con diligente educación y sincero cariño lograron hacer de nuestros años juveniles una edad luminosa y feliz, eran generalmente amados y respetados: mi padre, un piadoso, apacible y dignísimo defensor de la fe y de la divinidad de Cristo; incansable en la lucha contra los liberales, y, a pesar de ciertos contratiempos, incondicional servidor del Rey; amable, justo y prudente. Mi madre, una mujer espontáneamente inclinada a la perfección, admirablemente dotada para las ocupaciones domésticas, circunspecta, preocupada por los problemas del espíritu y de un juicio claro y agudo. Un escogido círculo de parientes y amigos, entre ellos muchas personalidades célebres como el médico Ernst von Bergmann, el más tarde canciller del Imperio von Bethmann Hollweg, el predicador de la corte Bernhard Rogge y otros, que se reunían en casa de mis padres, fueron ensanchando muy pronto el panorama de mi mundo infantil. Recuerdo también con agradecimiento mi vida de estudiante en el Real Gimnasio Victoria de Postdam, que con el grado de Bachiller abandoné el año de 1917, decidido a consagrarme el estudio científico de las Ordenes religiosas católicas. A lo largo de mis estudios escolares se había ido acrecentando mi interés, primero por las Ordenes religiosas de la Edad Media; y, más tarde, por todas las Congregaciones de la Iglesia Católica. Mis padres no me pusieron ninguna dificultad en ello y, por mi parte, me sentía cada día más subyugado por la grandiosidad de esas piadosas fundaciones, de las que mis compañeros protestantes nada sabían o sabían poco y mal. Me enfasqué en la literatura católica, y espontáneamente comencé a comparar lo pasado con lo actual; las órdenes religiosas con las instituciones culturales laicas; las Ordenes, como instituciones religiosas, con la esencia de la Iglesia. Así tuve ocasión de meditar íntimamente lo que los Acatólicos desprecian o cuando menos desconocen.

Con este conocimiento, gradualmente ascendente, me sentí definitivamente alejado del Protestantismo, como tal, por cuanto despreciaba la autoridad de la Iglesia y los consejos evangélicos. Sin embargo todavía creía en la posibilidad del principio protestante de una "Iglesia invisible", que nos vinculara a la Iglesia visible, es

decir, a católica romana. Mi padre, que había sido en su vida un declarado enemigo del culto a Lutero y de la Federación Evangélica, y que convivía y participaba conmigo, mi tendencia hacia el catolicismo, murió en abril de 1918, víctima de su amor al prójimo. ¡Que en paz descanse!

En la época de mis estudios en Berlín (1919-1922) tuve la satisfacción de que mis estudios provocaran el más vivo interés del teólogo protestante más insigne desde los tiempos de Leibnitz; es decir, de Adolfo Harnack y de que colaborara en ellos cordialmente el primer predicador de la corte, Ernesto von Dryander. Recuerdo que éste me dijo una vez: "Yo te ayudo con mucho gusto; pero sólo lo podré hacer, naturalmente, mientras no te conviertas". Y Harnack, después de mi conversión: "¿Cuándo completarán definitivamente tu gran obra tus correligionarios?"

Harnack me aconsejó que presentara a la Facultad teológica protestante, como disertación para el grado de licenciado, una larga investigación que venía trabajando desde el año 1918 sobre las Ordenes Religiosas de mujeres en Prusia. Así lo hice. Pero cuando Harnack perdió su voz y voto en el Senado por la Ley de Jubileo forzoso, la Facultad rechazó mi trabajo "a pesar del esfuerzo considerable que supone".

Inmediatamente me hice borrar de la matrícula, edité el trabajo y seguí estudiando privadamente. El año 1924 apareció mi libro con permiso eclesiástico y con una honrosísima subvención que me proporcionó el Santo Padre, gloriosamente reinante, en la Editorial F. Schöningh de Paderborn.

Desde que abandoné la Universidad, me consagré más definitivamente a mis estudios históricos sobre las Ordenes, y gracias a la ayuda de muchos conventos de Holanda y Alemania, pude ser testigo presencial de la vida y las obras de varias congregaciones. Nunca había yo dado fe a los necios e insensatos juicios, que corren sobre los conventos y que a veces repiten también algunos católicos de cabeza ligera. Pero cuando pude ser testigo presencial de la realidad del espíritu religioso, cuyas alas alcanzan no solamente a los claustros de clausura papal, cerrados al mundo, sino también a los religiosos, que viven fundidos en medio de la sociedad, cuando palpe la fuerza viva y real de ideas para mí completamente abstractas, como la humildad, la mortificación, la penitencia, la pobreza evangélica, el amor del prójimo por amor de Dios, el espíritu de sacrificio en el misionero y en educador cristiano, llegué a la persuasión de que la "Iglesia invisible", de que me hablaban los protestantes, era una frase vacía de sentido. Y pude decir con San Pablo: "Ahora conozco (la verdad) en fragmentos, allí lo conoceré tal como en sí es".

Sucedieron años de dura batalla interior. Mientras mi madre y mis amigos se oponían tenazmente a mi conversión inminente, yo mismo me creaba dificultades con el pensamiento de que no veía claro que Dios me llamara a dar aquel importante paso: mi conocimiento es, me decía, en último término, completamente racional, no sobrenatural. Yo pedía luz, y suplicaba a otros que rogaran por mí.

Así pasaron diez años, por puro escrupulo, sin que yo siguiera el llamamiento que por medio de la ilustración de la inteligencia, me había hecho la gracia de Dios. Por fin en el mes de María de 1927 llegó la determinación. Al principio de ese mes, en carta a un amigo católico, que se debatía con dificultades religiosas, había desarrollado yo una disertación sobre la belleza y la profundidad de la invocación de la letanía lauretana. Entonces fué cuando por primera vez llegué a la persuasión clara, de que era verdaderamente católico de corazón. Un par de días más tarde con ocasión de una visita en Magdeburgo, sentí la clara sensación de que no hallaba entre dos extremos a escoger: hacerme católico o perder eternamente mi alma. Apenas me decidí por la conversión, me sentí lleno de una dicha... como si se me hubiera regado todo el universo, como si hubiera germinado para mí toda una nueva vida. Ahora se me declaraba en el fondo mismo de mi propia alma lo que había conocido externamente en los hombres santos, en las personas consagradas a Dios: la verdad del amor divino: "El mismo Padre os ama, porque vosotros me amasteis y creisteis en Mí".

La víspera del día del Corpus de 1927, en la Capilla del Hospital de San José de Postdam, fui recibido en la Iglesia de Dios.

En la investigación de la vida religiosa de la única salvadora Iglesia encontré la Verdad y el Amor, los invencibles poderes del señorío real de Jesucristo, sello distintivo de sus verdaderos discípulos.

